

Idolatría hoy: “Yo soy”, “Yo declaro”, “Yo decreto” por Pepo Toledo

7NV2020 www.pepotoledo.com

Puedes descargar este estudio completo sin costo en este sitio: [//toledopepo.academia.edu](http://toledopepo.academia.edu)

© Copyright. A menos que se indique lo contrario, todos los versículos usados en este estudio son de la *Biblia* versión *Reina-Valera Antigua (RVA)* escrita en español de la época. No le sorprenda al lector encontrar palabras que sin cambiar su significado ahora se escriben con variantes, así como diferencias en el uso de acentos. Todo ello en favor de usar la versión más antigua y fiel posible, libre de derechos de autor. Este texto puede ser compartido libremente citando la fuente.



De la serie: Las cortes celestiales por Pepo Toledo

Las expresiones “Yo soy”, “Yo declaro”, “Yo decreto”, “Yo proclamo”, “Yo confieso” como una fórmula para obtener salud, riquezas y otras cosas, se ha

vuelto una costumbre en las iglesias, principalmente neo-pentecostales y carismáticas, tanto católicas como evangélicas.

Quizás te sorprenda saber que esta práctica inició hace dos mil años con los gnósticos, cuyos escritos salen a luz paralelamente a los cristianos a finales del siglo I. Predican que la salvación se obtiene mediante la gnosis o conocimiento introspectivo de lo divino. Han servido de inspiración para una serie de corrientes sincréticas filosófico-religiosas que llegan hasta nuestros días. Entre ellas está el panteísmo, cuyo modelo concibe Baruch Spinoza (1677). Afirma que el universo, la naturaleza y Dios son lo mismo. La Sociedad Teosófica (1875) y su fundadora Helena Blavatsky son la punta de lanza del gnosticismo moderno. Fusionan cristianismo, budismo e hinduismo y propone que todas las religiones surgen de un mismo cuerpo de verdad. Originan el mentalismo y otros movimientos de nuestra época, como la metafísica cristiana de Conny Méndez y la Nueva Era. La mezcla de creencias es tal que no les importa incluir principios contradictorios.

Sus postulados en forma general son los siguientes. Debemos descubrir nuestra divinidad por medio de un cambio de conciencia. Volveremos a encarnar hasta que seamos nuestros propios maestros. Cristo fue un ser humano como tú y yo, que supo aprovechar su potencialidad espiritual. Somos hechos a imagen y semejanza de Dios. Dios creó el mundo a través del poder del decreto y nosotros tenemos ese poder. Lo que pensamos y decimos lo materializamos. El verdadero nombre de Dios es “Yo soy” (*Éxodo 3.14*). Al pronunciarlo entenderás que Dios es en ti, tú eres en Dios y todos somos uno. Por lo tanto, somos dioses.

Sus enseñanzas se resumen en las 36 leyes universales o espirituales, de las cuales Diana Cooper es la más reciente promotora (2003). Afirman que somos poderosos y debemos pedir y agradecer, pero no suplicar ni sentirnos culpables. Proponen declarar y decretar sobre tu vida en lugar de humillarte en oración ante Dios. Todos estos conceptos son opuestos a la cosmovisión cristiana. Creerse Dios es idolatría. En la *Biblia* claramente dice que sólo se muere una vez (*Hebreos 9:27, Job 10:21*); no hay reencarnación.

El Nuevo Pensamiento lo inicia Phineas Quimby en 1854 con los mismos principios. Lo impulsa Ralph Waldo Emerson. Sobre esta base nace la teología de la prosperidad con John Alexander Dowie (1896) y Essek William Kenyon. En 1950 surge el movimiento carismático o neo-pentecostalismo, a partir de las iglesias evangélicas, bautistas, metodistas, presbiterianas, episcopales, luteranas y católica. Un grupo grande de iglesias carismáticas independientes, se rigen por la doctrina denominada Palabra de fe, con los principios de la “teología de la prosperidad, la cual es cuestionada por los demás movimientos pentecostales. Han sido tan influyentes que muchos creen que el enfoque en dinero está generalizado entre los pentecostales cuando no es así.

Kenneth E. Hagin (1917-2003), quien dicen plagió conceptos de Essek William Kenyon, se convierte en el padre de del movimiento moderno “Palabra de fe”. Sus ideas fueron adoptadas por Keneth Copeland, quien posteriormente influenció a Joseph Prince, Joyce Meyer, Benny Hinn y Joel Osteen, este último autor del libro Yo declaro, 31 promesas para proclamar sobre su vida y del libro El poder del yo

soy. Se han convertido en un producto de exportación y afirman que somos pequeños dioses. Predican que quienes tienen suficiente fe recibirán salud y riquezas. Si no resulta, te echan la culpa: no tuviste suficiente fe. Los que con seguridad se enriquecen son ellos. La fe se ha puesto en el hombre, no en Dios. No existen fórmulas mágicas para cambiar tus circunstancias. Al decir yo soy, declarar y decretar como un “diosito” estás haciendo a un lado a Dios e idolatrándote a ti mismo. Dios prohíbe la idolatría (*Éxodo 20:4-6*) y la castiga duramente (*Deuteronomio 7:2-6, Jeremías 44*). La fe es la contrapartida del hombre a la fidelidad de Dios. Sin fe es imposible agradarlo (*Hebreos 11:6*).

El versículo quizás más utilizado por los que predicán el poder de la palabra es *Proverbios 18:21: La muerte y la vida están en poder de la lengua*. Con esta base pretenden hacernos creer que podemos obtener las cosas que queremos con el poder de nuestra boca. Es una inferencia incompatible con el resto de la Biblia. Efectivamente, nuestras palabras pueden ser de bendición o de destrucción, llevar a la paz o provocar la guerra. Puedes tener confianza en ti mismo, siempre de la mano de Dios. Pero no al estilo de un pequeño Dios con su poder. El poder de nuestras palabras es psicológico. Con palabras adecuadas puedes hacer que un niño se sienta valorado y convertirlo en un campeón. Por el contrario, una crítica inoportuna le puede causar una marca de por vida. No te confundas, la *Biblia* nos manda ser positivos, pero no mentalistas. Leamos *Proverbios 17:22. El corazón alegre produce buena disposición: Mas el espíritu triste seca los huesos*.

Si Jesús mismo renunció a sus poderes divinos al hacerse hombre, ¿cómo vamos los hombres a pretender tener estos poderes? (*Filipenses 2:5-7*).

Decretar implica que quien lo hace tiene la autoridad necesaria. No tenemos autoridad ni poder divino para definir nuestro futuro. Sólo Dios puede hacerlo. Proclamar es dar a conocer algo en público, solemnemente. Por ejemplo, proclamar el Evangelio, lo cual es un mandato de Dios. Declarar tiene dos sentidos. Uno de ellos es manifestar, dar a conocer, lo cual no tiene nada de malo. El otro sentido es hacer realidad algo con autoridad espiritual, al igual que decretar, como si fuésemos pequeños dioses. Por ejemplo, “Yo declaro prosperidad sobre mi vida”. Esto es idolatría. Quienes declaran, aún en el sentido de manifestar algo, son piedra de tropiezo para quienes declaran con autoridad espiritual. La mala enseñanza ya se ha difundido.

Las sagradas escrituras nos enseñan a presentar nuestras peticiones humillándonos ante Dios y clamando en oración por ellas.

Dios castiga a quienes creen ser como él. Por repetir cosas sin saber qué significan puedes perder tu alma. Adán y Eva fueron los primeros en caer en el engaño de la serpiente y quisieron ser como dioses: (*Génesis 3:5*). Por ello fueron expulsados del paraíso. Ver *Isaías 14.1-23* y *Ezequiel 28:2-10*.

En las cosmovisiones panteístas y gnósticas no hay cabida para comunicarte con Dios. Es una fuerza infinita e impersonal con la cual no podemos relacionarnos.

Declarar y decretar es incompatible con el nexo que Dios quiere tener contigo.

Orar es dialogar con Dios. Es volver realidad nuestra relación. En oración le expresamos a Dios nuestros pensamientos, nuestras emociones, le damos gracias, lo adoramos, lo alabamos y le hacemos peticiones. El vínculo es de dos vías. Dios nos acompaña en las dificultades y siempre. Dios es amor.